

ASESINATO DEL ARZOBISPO DE CALI

En estos momentos de gran luto y profundo dolor para la Iglesia colombiana, para la Pontificia Universidad Javeriana y su Facultad de Teología, solo nos queda acudir a las sabias palabras de Jesús: "A ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan. (...) Hagan ustedes con los demás como quieren que los demás hagan con ustedes" (Lucas 6: 27-31). "Sean ustedes compasivos, como también su Padre es compasivo" (Lucas 6: 36). Y continúa el Mesías: "Cuando estén orando, perdonen lo que tengan contra otro, para que también su Padre que está en el cielo les perdone a ustedes sus pecados" (Marcos 11: 25). "Entonces Pedro fue y preguntó a Jesús: -Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, si me hace algo malo? ¿Hasta siete? Jesús le contestó: -No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete." (Mateo 18: 21-22)

Esta óptica sin par de la vivencia de la propia fragilidad, del perdón y la reconciliación en el amor, alcanza un particular clímax en los pasajes de la mujer adúltera y del perdón de Jesús a sus asesinos. En el primero (Juan 8 :1-11), el Hijo del Hombre nos aboca a lo más profundo de nuestra contingencia al confrontarnos diciéndonos: "el que esté libre de pecado que tire la primera piedra". Y en el segundo relato, el justo por excelencia nos da un testimonio de amor y reconciliación sin igual, cuando clavado en la cruz sin motivo alguno y refiriéndose a sus asesinos

que en ese momento se burlaban de Él, dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23: 34)

Si Jesús perdona a quienes le ciegan la vida de la forma más inicua nuestra actitud no puede ser menos. Esta hora de desconcierto y angustia para nosotros cristianas y cristianos es la ocasión para superar la venganza, el castigo, el odio y la retaliación, uniéndonos íntimamente al Señor para pedirle el don de la misericordia y la reconciliación. Con Monseñor Alberto Giraldo, presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana y todos los Obispos de nuestro país estamos de acuerdo que hoy más que nunca la cordura y la sensatez deben orientar las reacciones de todos los católicos de nuestra patria.

De la forma más enérgica rechazamos el vil asesinato de Monseñor Isaías Duarte Cancino quien se distinguió por su amor generoso a todas las personas y en especial a los más pobres y desvalidos, al igual que de tantas maneras luchó con gran tesón en la construcción de una paz integral para nuestro país. Hacemos un llamado a los autores intelectuales y materiales del asesinato de Monseñor Duarte para que reconozcan su gravísimo error y cambien de actitud y comportamiento. Y en medio del silencio en el que nos deja la consternación frente a este magnicidio, creemos que es insoslayable preguntarnos en profundidad por las complejas causas no sólo de este homicidio sino el de tantas colombianas y colombianos que mueren de similar forma todos los días y que ya suman la aterradora cifra de 250.000 en los últimos diez años.

La tarea de abocar tales causas es urgente e impostergable, ya que solo de esta manera podremos encontrarles la solución adecuada para parar esta vorágine de muerte y sangre que cada día crece más en nuestro querido país. Ya que todos somos Colombia y por ende responsables de ella, ciertamente es el momento para hacer un profundo examen de conciencia personal y social sobre nuestra responsabilidad por comisión u omisión

respecto a la honda crisis que vive nuestra patria. Dos textos del papa Juan Pablo II nos iluminan en esta hora:

A la luz de la doctrina social de la Iglesia se aprecia también, más claramente, la gravedad de los pecados sociales que claman al cielo, porque generan violencia, rompen la paz y la armonía entre las comunidades de una misma nación, entre las naciones y entre las diversas partes del continente americano. (...) La mejor respuesta, desde el Evangelio, a esta dramática situación es la promoción de la solidaridad y de la paz, que hagan efectivamente realidad la justicia. (JUAN PABLO II. *Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in America*, 1999, No. 56)

Nuestro testimonio por el respeto a la vida resplandece más brillantemente cuando exigimos respeto por cada vida humana, incluyendo las vidas de aquellos quienes no muestran respeto por los demás. El antídoto para la violencia es el amor, no más violencia. (...) La Nueva evangelización necesita de seguidores de Cristo que estén incondicionalmente a favor de la vida. (JUAN PABLO II. Saint Louis, Missouri, Estados Unidos de América, enero 27 de 1999. <http://www.vatican.va> 2002. La cursiva es nuestra.)

La mejor forma de hacer viva la memoria de Monseñor Duarte es continuar nuestro compromiso solidario con la búsqueda de la verdad en nuestro país: construyamos justicia en cada rincón donde nos encontremos, démonos la mano en toda circunstancia difícil, desarrollemos nuestra actividad académica buscando beneficiar a la mayoría pobre y marginada de nuestro país y denunciemos también a través de tal actividad los atropellos históricos de nuestra patria contra la dignidad humana, la justicia social y la participación igualitaria.

“NI GUERRA SANTA NI JUSTICIA INFINITA”

Ni guerra santa, ni justicia infinita: tal es nuestra opción en conciencia frente a los dantescos y execrables atentados acaecidos en los Estados Unidos de América el 11 de septiembre de 2001. El extremismo islámico (el cual es rechazado por buena parte del mundo musulmán), decidió ajustar cuentas con el Tío Sam usando una violencia

inusitada. En cambio, Occidente critica con vehemencia dicha violencia, pero responde a ella de la misma manera; o acaso ¿qué diferencia hay entre los cientos de civiles muertos en las torres gemelas y las víctimas de los recientes bombardeos contra Afganistán?

La cuestión de fondo consiste en determinar cuál es la opción ética y cristiana de cara al error humano y al ataque que recibimos del enemigo. La venganza y la retaliación han sido, por desgracia, los caminos más transitados por la humanidad en este sentido. Infortunadamente, se nos olvida que la violencia sólo engendra más violencia: “Todos los que pelean con la espada, también a espada morirán” (Mateo 26: 52), nos enseña la milenaria sentencia evangélica. El vórtice homicida y fratricida sólo se rompe cuando alguien experimenta que el perdón y la reconciliación son más grandes que el odio y el ajuste de cuentas y actúa en consecuencia.

En este sentido, una vez más, las palabras de Jesús nos iluminan: “A ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan. (...) *Hagan ustedes con los demás como quieren que los demás hagan con ustedes.*” (Lucas 6: 27-31). “Sean ustedes compasivos, como también su Padre es compasivo.” (Lucas 6: 36). Y continúa el Mesías: “Cuando estén orando, perdonen lo que tengan contra otro, para que también su Padre que está en el cielo les perdone a ustedes sus pecados.” (Marcos 11: 25). “Entonces Pedro fue y preguntó a Jesús: ‘Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, si me hace algo malo? ¿Hasta siete?’. Jesús le contestó: ‘No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.’” (Mateo 18: 21-22).

Esta óptica sin par de la vivencia de la propia fragilidad, del perdón y la reconciliación en el amor, alcanza un particular clímax en los pasajes de la mujer adúltera y del perdón de Jesús a sus asesinos. En el primero (Juan 8 :1-

11), el Hijo del Hombre nos aboca a lo más profundo de nuestra contingencia al confrontarnos diciéndonos: “El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.” En el segundo relato, el Justo por excelencia nos da testimonio de amor y reconciliación sin igual, cuando clavado en la cruz sin motivo alguno y refiriéndose a sus asesinos, que en ese momento se burlaban de Él, dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23: 34). Cuántas veces, cegados por tantos imponderables y limitaciones, terminamos haciendo mal sin darnos cuenta; de acá que el pecador merezca una segunda oportunidad y no simplemente ser arrancado de cuajo de la vida a causa de su error.

Los más amplios y diversos sectores de la opinión pública internacional coinciden en constatar la gran trascendencia de los lamentables sucesos del 11 de septiembre para el presente y el futuro de la humanidad. Ya que el tema de la teología no puede ser otro que el hombre y la sociedad, porque Jesucristo “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (*Gaudium et spes*, No. 22), hemos dedicado este número de nuestra revista a abocar los mencionados sucesos. Nuestra pretensión en este sentido la desarrollamos, como es natural, desde la teología y su inherente talante interdisciplinar. De ahí, que en las páginas siguientes, historiadores, sociólogos, políticos, moralistas, exégetas bíblicos, psicólogos y un teólogo del islam, reflexionen de manera rigurosa, para arrojar luces acerca de las hondas implicaciones de diverso orden que emergen en los referidos atentados, teniendo como telón de fondo la respuesta al relevante interrogante acerca del mal humano y la actitud frente al enemigo.

Los acontecimientos del 11 de septiembre nos pueden llevar a asumir la simplista y peligrosa salida exclusivamente militar o a comprenderlos en su multifacética complejidad y profundidad, para construir

soluciones integrales al desbordante hecho del terrorismo. Estas soluciones deben responder a las reales causas de este terrible mal y abocar -entre otras estrategias-, la superación de las insoportables discriminaciones económicas, políticas y sociales del mundo, que se ubican entre las notables causas de la violencia en la humanidad, como lo ha señalado reiteradamente el papa Juan Pablo II. En el mismo sentido, urge asumir el camino del dialogo, el reconocimiento y el perdón, como la mejor vía para ir implementado la solución a los graves, conflictivos y angustiosos problemas que marcan hoy el concierto de las naciones.

Concluimos con una cita del Pastor de la Iglesia Universal que habla por sí misma:

Nuestro testimonio por el respeto a la vida resplandece más brillantemente cuando exigimos respeto por cada vida humana, incluyendo las vidas de aquellos quienes no muestran respeto por los demás. El antídoto para la violencia es el amor, no más violencia. (...) La nueva evangelización necesita de seguidores de Cristo que estén incondicionalmente a favor de la vida. (...) Un signo de esperanza está constituido por el creciente reconocimiento de que la dignidad de la vida humana no debe ser nunca negada, ni siquiera a quien ha causado un gran mal. La sociedad moderna cuenta con los medios para protegerse sin negar a los criminales de modo definitivo la posibilidad de reformarse. Renuevo el llamamiento lanzado en Navidad a favor de un acuerdo para abolir la pena de muerte, que es cruel e innecesaria. (JUAN PABLO II, Saint Louis, Missouri, Estados Unidos de América, enero 27 de 1999. <http://www.vatican.va>, 2002.)